

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

55-56

JULIO-DICIEMBRE

1954

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

LIC. SALVADOR AZUELA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

Sumario

ARTICULOS

	Págs.
Miguel Bueno	11
Miguel León Portilla	37
Fausto E. Vallado Barrón	63
Luis Villoro	75
Emilio Uranga	85
Oswaldo Robles	107
Roberto Flores Villasana	121
Miguel Angel Ceballos	139
Marianne O. de Bopp	161
Inés Vargas de Núñez	179
Francisco Larroyo	197

Martha Días de León de Re-	<i>Pío Baroja. El hombre juz-</i>	
caséns	<i>gado por sí mismo. Su</i>	
	<i>sensibilidad</i>	203

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Almoína José	<i>Bibliografía Mexicana del Siglo</i>	
	<i>XVI. (Joaquín García Icaz-</i>	
	<i>balceta)</i>	217
Juan A. Ortega y Medina	<i>Filosofía de la Historia y Etica</i>	
	<i>(Paula Gómez Alonso)</i>	226
Alberto Lozano Vázquez	<i>Introducción a la Lógica Jurídica.</i>	
	<i>(Eduardo García Máynez)</i>	230
Eduardo Luquín	<i>Tres Inventores de Realidad. (Jai-</i>	
	<i>me Torres Bodet)</i>	237
Tere E. Rohde	<i>Las sugeriones a los Estudiantes</i>	
	<i>de Escuelas Secundarias sobre la</i>	
	<i>mejor forma de estudiar. (C.</i>	
	<i>Gilbert Wrenn)</i>	247
Xavier Tavera Alfaro	<i>Documentos para la Historia de la</i>	
	<i>Litografía en México. (Justino</i>	
	<i>Fernández y Edmundo O'Gor-</i>	
	<i>man)</i>	249
Agustín Millares Carlo	<i>La vida privada española en el Pro-</i>	
	<i>toloco notarial. Selección de do-</i>	
	<i>cimientos de los siglos XVI,</i>	
	<i>XVII y XVIII del Archivo No-</i>	
	<i>tarial de Madrid. (Ilustre Cole-</i>	
	<i>gio Notarial de Madrid)</i>	251
Sergio Pitol	<i>El Heroísmo Intelectual. (José</i>	
	<i>Antonio Portuondo)</i>	252
A. Rossi Guerrero	<i>La Filosofía como compromiso.</i>	
	<i>(Leopoldo Zea)</i>	254
Beatriz Espejo y Díaz	<i>Los Días Enmascarados. (Carlos</i>	
	<i>Fuentes)</i>	261
J. H. L.	<i>Noticias de la Facultad de Filoso-</i>	
	<i>fía y Letras.</i>	275

“KANT, EN NUESTROS DIAS” *

El cumplimiento de los 150 años que han transcurrido desde la muerte de Kant representa para nosotros la doble oportunidad de rendir tributo a la reconocida memoria del filósofo, y al propio tiempo encararnos a la toma de postura frente a la doctrina de Kant. En tal sentido, el primer gesto tributario radica en definir una actitud frente a la filosofía kantiana, ya sea para refutarla o para adherirse a ella, pero de ningún modo ignorándola, con lo cual tácitamente se declara su importante y definitiva aportación histórica, no sólo como doctrina sistemática de valor implícito, sino como referencia frente a cualquier actitud de la filosofía misma. Tal parece que nadie podría tener patente en el profesionalismo filosófico si no ha definido antes un criterio frente a la doctrina de Kant, en pro o en contra de ella, para aplaudirla o refutarla, y aun para ambas cosas, reconociendo que ella representa un lugar de peregrinaje intelectual que se debe conocer antes de una declaración explícita en el ejercicio del filosofar.

Sin embargo, el juicio en torno a Kant se pronuncia generalmente con un sentido estático, como si estuviera referido a un hecho del pasado que sólo a tal título tiene significación. Ahora bien, creemos que el primero y elemental deber en esta actitud consistirá en no adoptar un criterio, ya no digamos histórico, sino museográfico, en torno a la filosofía kantiana; hay que considerarla y comprenderla tal como debiera interpretarse toda gran doctrina de la filosofía, esto es, con una viva proyección al presente y aun al futuro, trayendo a luz la significación permanente y extratemporal que implica una perspectiva eterna, en la

* En conmemoración del CL Aniversario de la muerte del filósofo.

medida que el vocablo puede tener algún significado para la cultura humana.

De acuerdo con ello, hay que buscar lo fundamental de la doctrina kantiana, que constituye un foco metódico donde se concentran los principios determinantes en la dirección para la vida cultural de la época moderna, en el más significativo concepto que puede tener la "modernidad", no sólo como un acontecer temporal, sino como la dirección progresiva que concluye en el continuo advenimiento de nuevas etapas metódicas, es decir, como una modernidad permanente, como el *a priori* de toda modernidad posible, para hablar en términos kantianos; este *a priori* representa la síntesis perenne de materia y forma, realidad y método, en la actividad espiritual. La conjunción metódico-filosófica, cultural y vital, existente y proyectiva, convierte a la doctrina de Kant en la "Meca" de la modernidad, y todo aquél que pretenda llegar a una clara conciencia de su tiempo, no puede menos que llevar a cabo, siquiera una vez en la vida, ese peregrinaje del cual ha de surgir, en un sentido o en otro, la confirmación de fe filosófica, que hasta cierto punto se determina como una definición de principios frente a Kant. Así pues, en esta ocasión nos proponemos honrar la memoria del filósofo tomando postura frente a él, queriendo mantener al mismo tiempo lo que de permanente hay en su filosofía. Para ello nos desplazaremos en un sistema de coordenadas metodológicas que se requiere explicar con antelación.

I

El reconocimiento del valor permanente que contiene la filosofía kantiana gira en torno a un concepto general que involucra la consideración más profunda de que el corazón mismo de la filosofía, de toda filosofía, está constituido por un principio metódico que se dilata longitudinalmente a través de la historia, y transversalmente en las posturas y sistemas que figuran en cada una de sus épocas. Una "disección" filosófica ejecutada en un doble sentido, longitudinal y transversal, revelaría un sistema circulatorio por el cual corre la savia del filosofar, impulsada por la fecundidad generadora del principio metódico; en el corte longitudinal se podría contemplar a la evolución de cada sistema a través del

tiempo, mientras que el transversal revelaría la variedad de sistemas que corresponde a cada época. Así pues, aunque el reconocimiento de lo *fundamental en Kant* se dirige al núcleo metódico de la doctrina, ello no implica una exclusividad kantiana ni la oposición obligada a otros sistemas; menos aún al choque del concepto metódico de la filosofía con cualquier concepto material que se tenga de ella, puesto que a la base del hecho filosófico radica el germen evolutivo que lo difunde en su dilatada trayectoria, abarcando las doctrinas y sistemas en calidad de momentos distintos que corresponden a una línea direccional definida por el hecho histórico del filosofar. La justipreciación de un filósofo no tiene por qué volverse dogmáticamente contra los demás; antes bien, apunta a una actitud funcionalmente conciliatoria o correlacionista en la cual se revela cada tesis como lo que es, como un momento perteneciente a la dialéctica universal del pensar.

Pero hay que resguardar a la afirmación del sentido universal del método, que no vaya a concluir en una visión amorfa e indiferenciada del panorama filosófico. No se trata de que haya sólo un método, ni tampoco de reducir todas las filosofías a una sola, anulando la diversidad que distingue a lo histórico; se trata de afirmar que en la multiplicidad de métodos y posturas hay un denominador común: el hecho mismo del filosofar y la idea de un método para llevarlo a cabo. En esta idea no se opone la multiplicidad evolutiva de las doctrinas con la unidad fundamental del pensar, antes bien, se afirma en virtud de aquélla, y de manera recíproca, aquélla se afirma en virtud de ésta; se trata de términos complementarios: multiplicidad y unidad, historia y método. Sin embargo, no tienen ambas la misma significación, ya que una ha de ser explicada en función de la otra; lo histórico representa el problema, y lo metódico, la pauta para su solución; la multiplicidad brinda el fenómeno que la unidad ha de coordinar con vistas a explicarlo. Por ello es que la justificación histórica de toda la filosofía puede y debe consumarse mediante la apreciación de lo que representa su método. Ahora bien, desde un punto de vista genético, y a consecuencia de la apuntada relación, el origen del método es comprensible por virtud de las circunstancias históricas que han concurrido en él.

La filosofía de Kant contiene tres factores que determinan su problema concreto, y corresponden a los momentos históricos precedentes que tuvieron algún papel definitivo en la cuestión teórica de la filosofía,

cuya concurrencia está dada en forma culminante por la doctrina de Kant. Dichos factores son —como es bien sabido— el empirismo psicologista, el racionalismo matemático, y la ciencia pura de la naturaleza. El primero reveló la necesidad de la experiencia; el segundo, la elaboración del conocimiento puro; el tercero, como síntesis de los anteriores, la posibilidad de la experiencia pura. Cada uno de ellos dejó sobre la mesa un conjunto de problemas, pero también de posibilidades, y todos fueron para Kant la inspiración en el curso de su doctrina, logrando en ella una síntesis merced a la cual obtuvo una visión dialéctica que faltó a sus predecesores.

Lo que Kant hizo, desde un punto de vista histórico, fué entender a dichas corrientes como constitutivas de un elemento metódico; cada una de por sí no podía definir la integridad del método científico ni del filosófico, pero contenía en buena parte el significado real de ambos, por lo cual debían ser comprendidos en el término de su propio significado, permitiendo la conciliación dialéctica de cada punto de vista con los demás, y superando con ello al prejuicio dogmático que se produjo en toda la filosofía anterior. El genio de Kant puede cifrarse en una visión omnicomprehensiva y realizadora, que no sólo vislumbró la posibilidad de sintetizar los elementos metódicos de empirismo, racionalismo y experiencia pura, sino que llevó a efecto tal conciliación en un sistema que probablemente ha sido el más fecundo de toda la historia. Trató, ya no de separar lo empírico de lo racional y lo científico, sino de unir sus términos, a pesar que en la filosofía prekantiana se había insistido en la diferencia y antagonismo de los criterios que figuraban en cada corriente, no parecía factible llegar a una conciliación y formar con ellos un sistema que pudiera aprovechar su rendimiento y superar sus deficiencias, planteando un problema tal que englobara a los anteriores e implicara, sin embargo, un nuevo planteamiento. En esta vinculación consistió el aporte radicalmente nuevo del método trascendental, y a la vez, lo más importante y genuino de la filosofía kantiana.

Todo lo que podamos decir en torno a las tesis concretas de Kant, quedará en un segundo plano con respecto a la importancia del método mismo, a su validez permanente y objetiva, por la cual se erige el sistema kantiano en toda su grandeza y fecundidad doctrinaria. Si de algún modo pudiera hablarse de una "adhesión a Kant", no sería por otro motivo que el de ocupar su método el centro de gravedad de toda la doc-

trina, dando relieve y margen a la evolución dinámica del filosofar. En el ritmo progresivo que tiene la evolución filosófica, pueden constatarse también los momentos que significan la integración metódica del kantismo, y ver cómo antes de Kant se habían dado fragmentariamente dichos momentos, para alcanzar en el filósofo de Königsberg una culminación sintética cuyo carácter permite hablar prácticamente de un *nuevo método* junto a una *nueva filosofía*, en la medida que el concepto de “novedad” pueda ser aplicado a este campo. Ahora bien, del método kantiano pueden escribir —como de hecho se han escrito— volúmenes enteros, y su comentario dilatarse en forma insospechada, pero tratando de reducirlo a una mínima expresión diremos que su función ejecutiva y regulativa se puede formular en cuatro categorías; podemos concluir, en esencia, que el método kantiano es *crítico, trascendental, dialéctico y sincrético*. *Crítico*, por ir en contra del dogmatismo; *trascendental*, por superar el criterio unilateral y fragmentario de la filosofía particular; *dialéctico*, por representar la polimorfa evolución de un principio; y *sincrético*, porque en él confluyen las doctrinas anteriores, y a partir de él se obtiene una norma para vincular regulativamente a la historia filosófica.

En otras palabras, al método kantiano se le puede expresar como método de la síntesis; estableció de manera rotunda, y con una profundidad que no tuvo precedentes, la relación de la filosofía con la cultura, comprendida no sólo en el aspecto científico y epistemológico que de manera preferente había ocupado la atención del filosofar prekantiano, sino extendiendo el concepto de la síntesis a aquellos campos donde legítimamente se puede aplicar, esto es, a la moralidad, al arte, a la religión, a la historia, a la cultura toda. En ello descansa la acción dinámica y dialéctica de la filosofía; *dinámica*, porque se vierte en las formas reales de cultura y adquiere una funcionalidad que le permite convivir con ellas sin querer sustituirlas, y *dialéctica*, porque la perspectiva del problema y del método se dilata a través de una serie de momentos filosóficos que van desfilando en la historia para constituir la dirección de la filosofía trascendental. Gracias a tal acción llegó a culminar en una tarea como nunca se había planeado antes en la historia, y que de hecho llegó a realizarse después, en la filosofía ulterior a Kant. Esta filosofía, a pesar de todo su trabajo de investigación, no ha registrado ningún progreso metódico de parecidas dimensiones al que produjo el filósofo de Königsberg; se ha limitado a aplicar el método trascen-

dental en los problemas de la cultura, o bien a copiar la idea del método e hipostasiarlo, ya en la metafísica, ya en la psicología, o bien en la antropología, que son fundamentalmente las direcciones que ha mantenido la filosofía moderna.

II

Al hablar de una escuela kantiana llegamos al punto crucial que se refiere a la prolongación que pudo y debió tener la doctrina de Kant, a resultado de su interna evolución histórica, así como otro problema que deriva de aquél, a saber: el que corresponde a la toma de postura con respecto a la doctrina kantiana; ello implica una discusión sobre la posibilidad y el sentido que tiene ser kantiano en nuestros días. Relativamente al influjo histórico de Kant, habremos de considerar dos grandes períodos: el primero se constituye con los pensadores que de manera inmediata siguieron al filósofo, mientras que el segundo queda representado por la generación siguiente. Tenemos así los "hijos" postkantianos, y los "nietos" neokantianos, respectivamente; a cada uno corresponde una perspectiva muy distinta para considerar el hecho filosófico.

Creemos que el estado actual de la conciencia histórica no permite hablar de una "escuela" en el sentido de sujeción a una autoridad como se entendía, por ejemplo, el *magister dixit*. El hecho de afirmar una postura no puede significar hoy más que el reconocimiento al valor permanente de un sistema, y, en el campo de la realización práctica, la especialización de trabajo según el guión metódico que le corresponde. Sólo así puede figurar la posibilidad de ser *kantiano*, en nuestros días, comprendiendo también cómo fueron kantianos los representantes del postkantismo y el neokantismo, en su tiempo. Una toma de postura frente a Kant es hoy sensiblemente distinta de lo que fué hace 50 ó 100 años, y en ello está la garantía de que una adhesión a Kant es desde luego posible, pero con la limitación y condición que deriva por modo natural de su trayectoria histórica. Así tenemos que los sucesores inmediatos de Kant como, por ejemplo, Fichte y Hegel, fueron netamente kantianos al desarrollar el método trascendental y aplicarlo en el problema concreto de la cultura; pero ellos mismos no se consideraron discípulos de Kant,

sino más bien sus refutadores, cultivando la tarea de localizar contradicciones y deficiencias en su doctrina; pero en igual medida que rebatían la mayor parte del contexto doctrinario, empleaban el método de la *deductio iuris* como fondo lógico de su argumentación. La genealogía kantiana no fué en ellos una adhesión expresa, sino el fruto, hasta cierto punto involuntario, que arrojó el método crítico en su inmediata consecuencia histórica, como inercia de un método con suficiente vitalidad para no detenerse nunca, con tal que el enfoque del problema cultural fuera mantenido en la filosofía. Con ello, lo característico del postkantismo radicó en la tácita adhesión al método kantiano, así como en la abierta refutación al enunciado textual de su doctrina.

Con marcada diferencia, la actitud frente a Kant es mucho más clara y abierta en el neokantismo; el medio siglo que transcurre, entre postkantismo y neokantismo parece bastar para una cabal corrección del balance en torno al maestro de Königsberg. Hay que decir, desde luego, que en la época del neokantismo desapareció el sentido personalista y originalizante que matizó la reacción antikantiana, dejando abierto el camino para una interpretación, fundamentación y aun crítica, en las tesis del trascendentalismo; fue un medio siglo que indudablemente significó una maduración en el espíritu histórico del filosofar, maduración a la cual contribuyó —justo es decirlo— la crítica del postkantismo, dejando preparado el terreno para el advenimiento de la corriente neokantiana. En ella se reconoce, desde luego, la primacía de Kant en la fundación del método, y se aborda la tarea de llegar a la autoconciencia radical, al fondo permanente de su trayectoria idealista, de tal manera que la doctrina kantiana queda en el lugar más importante de una dirección inaugurada desde los clásicos griegos, principalmente Platón, y que llega a plena madurez en el umbral del siglo xx.

Ser kantiano, en el neokantismo, involucra la aceptación del método trascendental para el desarrollo permanente del problema filosófico, y a consecuencia de ello, el reconocimiento del aporte principalísimo que dió Kant a la consolidación de dicho método como criterio objetivo del filosofar. Así tenemos que la tarea del neokantismo contiene tres aspectos que derivan inmediatamente del núcleo metódico de su doctrina; el primero es la proyección del problema perenne de la filosofía —hombre y mundo— sobre la cultura; el segundo es la historiografía del método en los diversos momentos de su evolución histórica; y el tercero es el

consenso que tiende a la verificación sistemática y autoconsciente del método trascendental. Con semejante perspectiva, la nominación de la escuela, con el rubro de *kantismo*, significa el reconocimiento de la primordial contribución que dió Kant a su problema, y fuera de tal aspecto tiene un significado casi exclusivamente simbólico, pues de análoga manera a como el criticismo surge de Kant, deriva también de Platón, Descartes, Leibniz, y muchos otros que han dado significativa contribución a su desenvolvimiento, sin excluir a los numerosos científicos y "hombres de cultura", cuya preocupación por el fundamento teórico de su actividad ha sido determinante para la constitución del sistema filosófico-crítico.

Ante todo, el efecto de vinculación doctrinaria que tuvo el método en la filosofía moderna repercutió en la integración de una escuela como concordancia y desemboque de un gran número de tareas distintas que, sin embargo, concurrían todas a un mismo vértice metódico, quedando intacta la más absoluta libertad, no sólo para llevar adelante la tarea del filosofar como fundamentación de la cultura, sino inclusive para realizar la crítica de la obra kantiana con todo lo incisiva que fuera necesario. Y así como hubo una concordancia en la tarea positiva de fundamentación cultural, la hubo también en el aspecto crítico del filosofar, motivando un cabal acuerdo en torno a los puntos que debían ser rectificadas en la doctrina kantiana.

Por el hecho de haber adoptado exclusivamente un método, y no un cuerpo de doctrina, no ha de parecer contradictorio que ser kantiano significara ante todo proponerse una crítica en la doctrina de Kant, pues ello va de acuerdo con el sentido crítico que tuvo esa doctrina; y en segundo término, que implicara el reconocimiento de que la trayectoria de la filosofía consiste en una permanente revisión de las doctrinas históricamente dadas, con objeto de encontrar en ellas lo que pueda subsistir a través del tiempo, y lo que, por efecto de evolución, ha de ser reemplazado por nuevos principios y nuevas conclusiones. Por lo dicho puede comprenderse que el sentido general de la filosofía, con respecto a Kant, revela fundamentalmente dos aspectos: el primero concierne al mantenimiento y prolongación de aquellos principios en los que se funda el sistema, y por cuya virtud adquieren forma y realidad sus conclusiones de detalle; el segundo es, en cierto modo, contrario al primero, ya que no trata de mantener, sino de criticar la filosofía de Kant. Ahora bien, esta aparente contradicción en la tarea se comprende teniendo en

cuenta que la filosofía kantiana no tenía por qué escapar al efecto transformador de la historia, y así como el Maestro impuso sus principios *fundamentales* y definitivamente válidos para toda la evolución ulterior de la filosofía, tuvo que padecer su efecto en la mayor parte de las conclusiones que —como toda conclusión concreta— se formularon en una época, y tienen sentido casi únicamente con relación a esa misma época.

Ahora bien, la perspectiva de la filosofía kantiana ha tenido que variar considerablemente al cumplir la tarea propuesta en la crítica a Kant, así como en la fundamentación autónoma de sus principios. El enorme volumen de trabajo que se ha efectuado con tal propósito (contenido, entre muchas otras partes, en la histórica colección de los "*Kant Studien*") agota prácticamente lo que sobre Kant se ha investigado, y casi diríamos, lo que sobre Kant se pudiera investigar, tanto en lo que se refiere a la rectificación de sus tesis concretas, como al esclarecimiento de su verdadero sentido histórico. El kantismo ha agotado el tema de la evolución interna de su filosofía, abordando la cuestión del influjo exterior y precedente en la obra de Kant, así como también el apasionante problema que consiste en determinar el sentido y valor del método trascendental como instrumento perenne de la filosofía. De ahí derivó la significación de la *auténtica originalidad*, así como de la inmarcesible contribución que dió su obra para el fundamento autónomo del filosofar, instituyendo el método crítico-trascendental, como teoría explicativa de la cultura; dicho método tiene su más hondo arraigo en la doctrina kantiana, aunque se dilata fuera de ella, hacia un horizonte infinito que comprende toda la tarea y problemática suscitada por el hecho cultural.

Este último aspecto corresponde a la parte netamente constructiva de la reflexión filosófica, y, a diferencia del primero, no puede considerarse ni remotamente agotado; en verdad no habrá forma de considerar una perspectiva de agotamiento mientras exista la faena de la cultura, puesto que en ella se finca la ocupación del filosofar. A diferencia de esto, en lo referente a la crítica de Kant (y diríamos también en lo que respecta a la *revisión* de los textos clásicos de la filosofía con el criterio del método trascendental) puede decirse que la tarea ha sido prácticamente concluída, ya que no se trata en verdad de una tarea infinita, como la que corresponde a la fundamentación axiológica de la cultura, sino de una perspectiva limitada en espacio y tiempo filosóficos, circunscrita a textos, doctrinas, posturas y épocas determinadas. Seguramente

que aún podrán localizarse temas en la crítica de Kant, así como en la *historiografía filosófica*, reflejando un determinado momento histórico en el cual quiere verse la acción recíproca, el eco y secuencia de un pretérito dado, al que tal vez ya no corresponda. De ahí surge la tarea que considera a la *historiografía contemporánea* —interpretativa— como un campo infinito de posibilidades; partiendo de un criterio heurístico y hermenéutico de la cultura, se llevará a cabo una proyección retrospectiva en el pasado histórico del filosofar, enfocándolo desde el variable punto de vista “actual” que obligadamente habrá de representar cada nueva actitud o postura de la filosofía.

Pero si en tal forma puede considerarse agotado lo fundamental de la tarea crítica, con mucha mayor razón se ha agotado la vitalidad de los infundados ataques en contra de un pretendido kantismo dogmático, ataques que ahora no sólo resultan infundados, sino anacrónicos, de parecida manera a como una profesión de fe dogmática hacia Kant, resultaría también infundada y anacrónica. El efecto de la evolución histórica no ha dejado de traducirse en el problema de la filosofía kantiana, y es, por ello, que no tiene ahora el mismo sentido que tenía hace 50 años, mantener una actitud con respecto al filósofo de Königsberg. En lo que se refiere a una “adhesión” a Kant, creemos que es innecesaria, y también ha perdido su significación el hecho de tomar “partido” (no mera actitud reflexiva) frente a la filosofía de Kant, puesto que ella se encuentra suficientemente justificada o refutada por el tratadismo historiográfico. Desde luego que el tema de Kant no ha pasado ni pasará al margen de la historia, pero, repetimos, no tiene la misma significación que tuvo hace medio siglo, en la escuela neokantiana, o hace un siglo, en la época postkantiana. Análogamente consideramos fuera del marco operante en el filosofar, la discusión en torno al fondo de la doctrina, y paralelamente a ella, la actitud fanática de agresividad o de defensa para el filósofo. En substitución de cualquier actitud unilateral, creemos que la mejor forma de rendir tributo a Kant será justipreciarlo en toda su gran importancia, pero al mismo tiempo ubicándolo íntegramente en la línea filosófica a la que corresponde por derecho de genealogía e institución. Al referirnos a este aspecto llegamos a la cuestión general que concierne al método filosófico, definido por el juicio de la doctrina kantiana, en paralelismo con el sentido crítico, historiográfico y metódico, del filo-

sofar. Mediante él es factible, y aún más, exigible, llevar a cabo la comprensión de toda su doctrina, ya grabada en las páginas de la historia y medida por el inexorable juicio crítico del tiempo.

III

Lo apreciación de Kant —como de cualquier filósofo que es fundamentalmente metódico— requiere de un verdadero sincretismo filosófico al que debe acompañar una actitud crítica en la cual se exija la congruencia de cada disciplina particular con respecto a sus principios generales, y a la vez, la congruencia de tales principios con la idea fundamental del método filosófico. Tal exigencia figura como un elemento angular en la metódica del neokantismo, y creemos que ha de determinar una contribución fundamental, una herencia que la generación de hace 50 años ha dejado al futuro filosófico. Quien propenda a la adopción, ya no de la doctrina, sino de la tarea representada por Kant, ha de aceptar esta herencia con toda la responsabilidad que involucra, dirigiéndose, ante todo, al mantenimiento del rigor sistemático y a la verificación de la autonomía en la integridad del sistema filosófico.

Por ello es comprensible que no exista ya un kantismo en la forma que lo hubo hace 50 años, sin que eso signifique, ni por un momento, que el efecto del método instituido por Kant, haya podido desaparecer. En realidad, la filosofía contemporánea constituye un punto de convergencia en el cual se reúne el fruto de las doctrinas clásicas de la historia; por ello podemos decir que el filosofar de nuestros días está impregnado de kantismo, así como también lo está de socratismo, platonismo, aristotelismo, cartesianismo, hegelianismo, etc., pudiéndose incluir en esta apreciación a cada una de las doctrinas que han dado cierta contribución para exponer la conciencia y autoconciencia del filosofar, en su trayectoria evolutiva. Que el maestro de Königsberg ha ocupado un sitio preferente en esa trayectoria, es algo que no puede negarse; pero que él mismo no ha representado más que un momento, por demás brillante, en toda la evolución filosófica, sólo querría discutirse con un propósito contumaz. Por la amplitud del filosofar como tarea de fundamento cultural, creemos que ha perdido significación el movimiento del neokantismo en calidad de tal "movimiento", y encarna ahora un gran colegio de investigación cuyo nexa

virtual es la idea de fundamentar la cultura, o lo que equivale, el intento de descubrir el fondo básico de la ciencia, del arte, de la moralidad, de la religión, de la historia, y en general, de las direcciones que componen la actividad cultural. Así pues, ya no tiene sentido el ser kantiano a la manera de una adhesión entusiasta y personalista a la doctrina del filósofo, pero no cabría afirmar lo anterior sin exponer que en la propia raíz kantiana hay el germen de su autocrítica, por cuya virtud es factible, después de comprender a Kant, superarlo, como de hecho se le ha superado en la historia.

No podría exigirse una patente más clara y abierta del sentido libérrimo del filosofar, que la representada por la frase circulante en la Escuela de Marburgo: *"Entender a Kant es superar a Kant"*. Llevando este criterio a su última consecuencia, podemos subrayar que el kantismo no sólo ha perdido significación como "partido", sino también como escuela filosófica, ya que en realidad una escuela, entendida de acuerdo con el principio originario del idealismo trascendental, englobará en sí a todas aquellas doctrinas, y contará entre sus maestros a todos aquellos filósofos, que expongan la idea de la trascendentalidad y lleven a efecto la función metódica y axiológica del filosofar, llegando igualmente a la necesidad de una crítica y autocrítica como norma indefectible en la evolución histórica. El ideal kantiano ha dejado de ser una "bandera" para convertirse en una *norma de trabajo*, difundiendo la tesis activista y pedagógica que tanto defendió el Maestro de Königsberg, en el sentido de que *no es dable enseñar una filosofía, sino a filosofar*; es decir, no es una tesis concreta lo que perdura, sino el método para concebirla, el camino permanente de la reflexión trascendental. En aceptar y cultivar esta idea creemos que se rinde el mejor homenaje al filósofo, cuyo sistema e ideal, y aún más, cuya personalidad humana se vierte en la perspectiva de una tarea infinita de la filosofía, que arraiga en la tarea, igualmente infinita, de la cultura.

Así como Kant representa un motivo de reflexión histórica, la corriente que se ocupó de él, brinda hoy día, a 50 años de distancia, otro motivo no menos importante, al cual hay que volver la mirada para comprender determinados aspectos en la evolución general del filosofar. Ahora bien, comprender esta corriente no equivale a imitarla, ni siquiera a tenerla en calidad de modelo, sino a ver en ella un fenómeno histórico de culminación para el principio del método trascendental. Como lo ha expre-

sado Natorp, el trabajo del neokantismo reveló de suyo, y sin buscarlo, una real concordancia y un entrelazamiento de doctrinas que expone el tácito acuerdo existente en el método del filosofar, sin que ello fuera obstáculo para que la personalidad de cada investigador se manifestara en la formulación de tesis, en la pluridimensionalidad de la tarea filosófica; la variedad doctrinaria no desmerece, por el contrario, enriquece, el panorama de la filosofía crítica.

Junto al doble motivo que inspira al neokantismo, contenido en la exégesis histórica y en la justificación metódica, se reveló un fuerte afán polémico del cual no solamente hay que interpretar su origen en el abigarrado conjunto de personalidades distintas, profundamente inquietas por la *multiforme* problemática del filosofar, sino también en el fondo crítico y sistemático de la tarea que se habían echado a cuestras. Quien contemple ahora el enorme volumen de trabajos que en aquella época tenían un carácter revolucionario, comprobará que en nuestro tiempo se han convertido ya en textos clásicos, definitivamente aceptados en su propia validez, y ubicados en el marco categorial que les corresponde; un observador se daría cuenta que la faena realizada fué en verdad una completa renovación, ya no tanto de la conciencia filosófica, cuanto de la *autoconciencia* histórica, con la definitiva fundamentación de un gran número de problemas que encontraron en el neokantismo el apoyo para progresar ulteriormente a un grado tal, que el acervo neokantiano se dilata más allá del límite señalado por la progenie kantiana, constituyendo un símbolo general de la reflexión. Debido a ello, para comprender el sentido de la historia filosófica hay que acudir a Windelband y Kuno Fischer; para entender el carácter de la ciencia cultural hay que poner la atención en la obra de Rickert; para entender el fundamento lógico de las matemáticas y de la ciencia natural hay que llegar a Cassirer; y para definir el núcleo integral del sistema crítico es indispensable abordar a los maestros del movimiento, Natorp y Cohen. En toda su obra se ha destilado la quintaesencia de Kant, y sistematizado el núcleo general de la filosofía, arbitrando el plan de trabajo por cuya virtud de unidad metódica fue posible el gran acoplamiento en la tarea, así como el cultivo de la perspectiva histórica a que nos hemos referido, descontada la plena libertad e independencia de concepto con la que cada investigador fue adelante en sus problemas.

Sintetizando el motivo de la tarea que acometiera el neokantismo, podemos afirmar que consideró obligada la revisión de cada antecedente histórico del método trascendental, descubriendo el germen del idealismo crítico tanto en el pensamiento remoto como en el inmediatamente anterior a Kant; llegó al estudio del origen histórico del kantismo a partir de las corrientes que confluyen en su época; igualmente revisó la trayectoria del pensamiento kantiano, del período inicial y precrítico, donde predomina el factor tradicional, a la postrera obra del filósofo, en la que ha verificado y consumado el giro trascendental, la "revolución copernicana" de la filosofía; ha recorrido los diferentes estadios del desarrollo, y perseguido la reflexión determinante en la dirección seguida por él. Fué necesario, por último, investigar qué se había hecho con la herencia contenida en el método trascendental a partir del momento en que ésta quedó depositada en los inmediatos herederos del postkantismo; en ello debió señalar el grado de fidelidad y ortodoxia, o de renovación y heterodoxia, con que se hubo mantenido el método trascendental, e igualmente el fruto que aportó su desarrollo en la ulterior evolución de la doctrina.

Ya hemos indicado que en todo esto fue centro de gravedad para el filosofar crítico, la idea del *método trascendental*, reflejada en la crítica historiográfica y en la reflexión sistemática de la cultura. De ahí deriva, como una consecuencia negativa, pero en sí no menos importante que la anterior, el que la filosofía kantiana pusiera de lado todos los falsos problemas que durante mucho tiempo ocuparon la atención de los filósofos. Hablando en rigor, al surgir la neofundamentación de la filosofía por Kant merced a un nuevo método, y por ende, a un nuevo problema, la temática anterior debió quedar en calidad de planteamiento unilateral, acrítico, o como dice Kant, *dogmático*, traduciendo en la mayor parte de los casos un falso problema, a pesar de lo cual hay que reconocer un esfuerzo o contribución histórica en cada doctrina, aunque ninguna llegara efectivamente al descubrimiento de la síntesis como método del filosofar. Tal vez se antoje exagerado afirmar que toda la filosofía anterior a Kant se desenvolvió a la sombra de un falso problema, pero ninguna otra interpretación puede tener en rigor la conclusión del empirismo, que desembocó en el escepticismo; de la metafísica racionalista que concluyó en el optimismo; de la imitación filosófica del método matemático, que llevó a un formalismo estéril; o bien del renovado intento metafísico por llegar a las "causas primeras" y "fines últimos", así como de cualquiera

forma tradicional del autoritarismo dogmático, que todavía en el umbral del racionalismo actúa vigorosamente como una autoridad extrafilosófica en el campo de la filosofía. Todo ello permite ahora que como hemos dicho, una crítica incisiva y rigurosa considere el planteamiento prekantiano como el trasfondo de un falso problema, sin que ello menoscabe el esfuerzo o la intención que cada doctrina y cada pensador hayan podido tener en su respectivo campo.

En gran medida se aplica la crítica del dogmatismo al cuerpo de la filosofía kantiana, en la medida que ésta llegó a absorber determinada inercia dogmática que las corrientes anteriores le heredaron en varios aspectos; la aparición de Kant se explica, como sus virtudes y sus deméritos, como un momento conclusivo en la historia; de ningún modo podría siquiera pensarse que constituyera Kant un fenómeno-isla en el campo de la filosofía, ya que no hay esta suerte de "fenómenos" en el ámbito de la cultura. La doctrina de Kant se explica, igual que cualquiera otra, por una dualidad de factores que consiste en el influjo determinante del pasado, y el motivo renovador que se origina en la personalidad y el genio de cada filósofo; en tal sentido encontramos en la obra de Kant la misma lucha entre una acción renovadora y una reacción conservadora, representada por la tradición histórica que se vertió en él. Un cambio definitivo se opera a lo largo de la obra kantiana, que se contempla con mayor claridad comparando los primeros momentos con los últimos, los de elaboración y ensayo con los de madurez, ya que en uno y otro se ve la intención y el efecto de la idea que lo animó en todo lo largo de su reflexión.

IV

De acuerdo con esta norma se puede comprender la tarea y estructura que contiene la filosofía del criticismo contemporáneo. Hay que destacar en ella el criterio sistemático y objetivo que rige su tarea; por objetivo, implica la exigencia de que todas y cada una de las tesis filosóficas deban ser verificadas en el campo de la cultura, y por sistemático, su norma exige que la objetividad figure como un criterio inviolable en toda la estructura filosófica, es decir que deba justificar todo problema o tesis que represente un fundamento objetivo; lo que no se haya planteado en el campo de la objetividad, deberá quedar al margen de la estructura filo-

sófica propiamente dicha. De ahí se comprende la dirección y número de los problemas que abordó Emmanuel Kant, comprendidos ante todo como una proyección originaria sobre el hecho cultural, determinando una correspondencia por la cual a cada rama de la cultura corresponde una disciplina filosófica, y viceversa; esta determinabilidad concluye principalmente en la constitución de las disciplinas que revelan de cabal modo la norma de objetividad, y que se conocen como *disciplinas filosóficas fundamentales*, correspondiendo a los territorios, fundamentales también, que se justifican en la axiología cultural; aquéllas son: *lógica, ética y estética*, constituyendo respectivamente la doctrina valorativa de la *ciencia*, de la *moralidad*, y del *arte*; como un común denominador fáctico tienen a la historia, y en el terreno filosófico, a la filosofía de la historia; finalmente, el elemento que domina a los demás y proporciona su fundamento teórico, se constituye en Kant como *teoría de la experiencia*, felizmente erigida como problema autónomo en la *Crítica de la Razón Pura*, que logra el más significativo aporte a la doctrina general del método.

Además de las disciplinas fundamentales, figuran otras que no tienen el mismo grado de objetividad, colocándose en el terreno empírico, en el subjetivista, o en el metafísico abstracto; tal es el caso de ciencias como la psicología, la antropología, la ontología, que agregadas a la filosofía de la religión, de la historia y al cultivo de la ciencia, completan el panorama general que absorbe la ocupación del filósofo. Ahí tenemos otro factor de gran importancia en la filosofía kantiana, que se refiere a la constitución de sus disciplinas, y desde él se puede llegar a la cuestión de cuáles sean las ramas filosóficas que pueden subsistir junto al criterio de objetividad, y cuáles, por el contrario, deben ser adjudicadas a la ciencia que corresponden o bien reducidas a alguna otra forma de la reflexión filosófica, o, por último, resumidas como improcedentes por no justificar su constitución como doctrina objetiva. Con ello se toca la cuestión que se refiere a las disciplinas filosóficas fundamentales en su mutua relación teórica, llegando al último elemento común que las define y fundamenta, como de hecho ha llegado a ser la idea del método trascendental. También con ello se ha debido reconocer la parte objetivamente justificable de Kant, frente a aquéllas que no pudieron serlo, ya fuera por la inclinación al empirismo, por la incorporación a otra disciplina filosófica, o por la reducción a esa forma abstraccionista y dogmática que él mismo combatió.

Con todo ello, en el kantismo no se ha mantenido ningún criterio dogmático; el Filósofo no representa ninguna autoridad en el sentido tradicional del término, alguien a quien se tenga que obedecer al pie de la letra; por el contrario, se ha dicho repetidas veces que no es en el texto literal, sino en el fondo metódico, donde hay que seguir a Kant, y que es necesario enterrar su cuerpo para que le sobreviva su espíritu. La tarea del filosofar trascendental no ha llevado consigna alguna, como lo prueba el sentido libérrimo y la forma heterodoxa de la investigación crítica ulterior a Kant, no sólo de aquélla que mantuvo en su denominación el nombre del Filósofo, sino también en la que de modo tácito cultivó la idea del método como determinante para una filosofía de la cultura, de trayectoria evolutiva y dinámica, oponiéndose a la concepción dogmática de una filosofía perenne, y a la tesis empírica que concluye en la negación de la filosofía misma.

Atendiendo a esta radical oposición puede afirmarse el crepúsculo de la vieja *filosofía* y la aurora del nuevo *filosofar*; es una planta que brota en lugar de la desaparecida, tal como lo quería Kant al proclamar que no debía enseñarse una filosofía, sino a filosofar. La consecuencia más importante que atribuimos a la filosofía kantiana es el establecimiento de una teoría de la cultura como teoría general de la experiencia, no sólo de la experiencia científico-natural, ni atendida al problema epistemológico que le da origen, sino de toda la experiencia que se comprende bajo el concepto genérico de *experiencia cultural*, esto es, al cultivo de bienes y valores en la cultura; en tal concepto, se plantean los problemas que en cada disciplina filosófica se tratan de resolver, y que se refieren, además del problema característico de la verdad, a valores como lo bueno, lo justo, lo bello, lo santo, etc.; todos se engloban en el concepto de la *experiencia cultural*, que puede considerarse como una *proyección del espíritu en el mundo exterior*; por ello es que al hablar de experiencia no puede menos que venir a recuerdo el elemento determinante, no sólo de la fundamental obra kantiana, constituida en la *Crítica*, sino de manera más amplia, en todas sus obras, ya que en cada una de ellas se localiza una forma particular de experiencia.

Así lo han comprendido todos aquellos pensadores que fijaron la mirada en la búsqueda de un criterio objetivo de verificación para sus teorías, tal como se produjo, de manera preferente, en el problema epistemológico; ahora bien, como objetividad, resulta de ahí que la idea

kantiana de la trascendentalidad hubo de concluir finalmente en una *filosofía de la cultura*, entendida en su madurez actual como *filosofía de los valores*. En Kant mismo no figura explícitamente la conciencia de una reflexión sobre los valores, pero ésta se halla dispuesta de manera tan evidente que sólo requirió de una perspectiva que diera el soplo germinal al larvado trasfondo axiológico de cada una de las obras kantianas, con la analogía o paralelismo funcional que puede verse en ellas; tal perspectiva se determinó de un modo floreciente a partir de la época inmediata posterior a Kant. Que este criterio se ha llegado a adoptar firmemente en la investigación, lo demuestra la incontable multitud de trabajos realizados conforme al método trascendental, que abarcan el núcleo de todo el filosofar contemporáneo, sin que ello implique, como hemos dicho, una adhesión explícita a Kant, sino más bien el aprovechamiento del método que él forjó para la filosofía, así como el mantenimiento de la crítica que por modo definitivo erigió en contra de la metafísica. La perspectiva que complementa el problema de Kant en la filosofía actual, figura como la idea regulativa de una tarea infinita, y tiene dos aspectos, que corresponden a la dualidad metódica —crítica y trascendental— del kantismo. El primer aspecto se refiere a la imposibilidad y crítica de la metafísica, y el segundo consiste en la evolución del método trascendental con el carácter operante que pueda tener en nuestros días. Sobre cada uno de ellos diremos algunas palabras.

Por lo que se refiere a la metafísica, podemos acudir a esa bella obra de madurez en la cual lleva a cabo el Filósofo una clara y directa exposición de la idea trascendental, enfocando la crítica, como era de esperarse, sobre el problema de la metafísica. Tal obra son los *Prolegómenos*, cuyo título parecería indicar que en ellos deja Kant un resquicio para que la metafísica futura pueda ingresar como ciencia. Empero, el desarrollo de la obra no es algo distinto que el más enérgico refrendo de la crítica a la metafísica, llevada a cabo con un procedimiento analítico en donde se muestra abiertamente la fundamentación del sistema a partir de la idea trascendental, siguiendo un camino que, por su forma analítica, contrasta con la dirección sintética que lleva en la exposición de la *Crítica*, y que concluye, al fin de sus numerosas y bien nutridas páginas, en la idea trascendental. La conclusión que obtiene Kant es la siguiente: para admitir la existencia de una metafísica fu-

tura, “no dogmática” —puesto que la dogmática se da por liquidada— ha de poder dar cuenta de su carácter científico, o lo que equivale, demostrar objetivamente sus pensamientos, a diferencia de la merca- “charla” en que se había desenvuelto el pretendido filosofar de la metafísica aquélla. La conclusión de los *Prolegómenos*, constituye en verdad un “reto” a los “metafísicos del porvenir”, un “desafío” a que “construyan su disciplina por modo científico y demuestren *a priori* sus verdades”, lo que en verdad deberá tomarse como un requisito elemental para todo pensamiento que quiera figurar en la palestra de la objetividad filosófica; el hecho de abrir tal “posibilidad” a la metafísica, equivale a corroborar que la comprobación del pensamiento metafísico es imposible, y por ende, también lo es su carácter científico. De acuerdo con ello, el título que, a nuestro juicio, hubiera convenido de mejor modo a la obra, habría sido más o menos el siguiente: “*Postlegómenos en donde se demuestra que la metafísica futura deberá presentarse como ciencia... si es que puede.*”

La tesis de los *Prolegómenos* se desenvuelve entre dos polos, el que significa el aspecto de la metafísica como un hecho psicológico y falaz que traduce la inquietud del ser humano por llegar al más profundo conocimiento, y el que representa la unidad metódica confluyente de la filosofía trascendental como crítica a toda metafísica. De acuerdo con una dualidad tal, puede entenderse la idea que enuncia Kant en el último capítulo de sus *Prolegómenos*: “La metafísica, como actitud natural de la razón, es un hecho real, pero también, por sí sola, es (como la prueba la raíz analítica del tercer problema fundamental) dialéctica y falaz... Una cosa es cierta: quien una vez ha conocido la Crítica, sentirá para siempre gran repugnancia para la charla dogmática, con la cual, antes, por necesidad, se contentaba, dado que su razón necesitaba algo y no la podía encontrar mejor para su sustento. La Crítica se relaciona con la metafísica escolástica, como la química con la alquimia, o como la astronomía con la astrología de los adivinos. Estoy convencido de que nadie que haya penetrado y comprendido los principios de la Crítica, siquiera en estos *Prolegómenos*, volverá jamás a aquella vieja y sofística ciencia de lo aparente... Todo falso arte, toda sabiduría vana, dura un tiempo, y finalmente se destruye a sí misma; la época de su más alto cultivo es también el punto de su decadencia. Que con respecto a la metafísica ha llegado este tiempo, lo prueba el estado en

que ella misma ha caído en los pueblos cultos, a pesar del cuidado con el cual, por otra parte, son estudiadas las ciencias de toda especie... Si (como es indudablemente) estamos en el tiempo del crepúsculo para toda la metafísica dogmática, falta aún mucho para que podamos decir que ha terminado la época de su renacimiento, por medio de una crítica fundamental y concreta de la razón... Ahora bien, la metafísica no ha podido hasta ahora probar válidamente *a priori*, ni este principio (el de substancia y accidente) ni el principio de razón suficiente, mucho menos cualquiera otro más complejo, como pueden ser los principios que pertenecen a la ciencia del alma, a la cosmología; no puede, en general, probar principio sintético alguno. Así pues, por todos sus análisis no ha conseguido, no ha creado, no ha obtenido nada; y la ciencia, después de tanta confusión, está siempre donde estaba en tiempo de Aristóteles, si bien que la disposición para ella, por haberse encontrado el canon para el conocimiento sintético, se ha hecho sin duda mucho mejor que antes."

A continuación, y como broche de oro en la obra, se encuentra uno de los momentos más lúcidos y brillantes en Kant, donde expone el filósofo, con natural espontaneidad, el requisito mínimo que debiera pedirse, no digamos ya a una ciencia constituida, sino a cualquiera pretendida ciencia, como pudiera serlo aquella "metafísica futura" que se insinúa en el título de la obra. Después del penetrante análisis kantiano, el requisito se antoja trivial; consiste, única y exclusivamente, en que la ciencia pretendida pueda manifestar un sólo principio, un sólo conocimiento, objetiva y racionalmente demostrable. La opinión de Kant recoge la creencia de que tal demostración resulta imposible para el tipo de afirmaciones que predica la metafísica; una tesis tal, se ve en estas palabras: "Si alguien se siente ofendido por esto, (por la crítica a la metafísica) puede anular fácilmente la inculpación con sólo brindar un principio sintético de la metafísica, que pueda ser probado *a priori*... Ninguna exigencia podría ser justa y moderada, y en el caso, inevitablemente cierto, de que no lo pueda satisfacer, no habrá afirmación más justificada de que la metafísica como ciencia no ha existido hasta aquí en modo alguno." He aquí pues, la definitiva conclusión del pensamiento kantiano en los *Prolegómenos*. "La metafísica ha de ser ciencia, y no sólo en el todo, sino en sus partes; en caso contrario no será nada, porque en tanto especulación racional pura se apoya en apreciaciones gene-

rales; pero fuera de la razón puede muy bien la veracidad y el claro entendimiento del hombre encontrar un uso útil y fundamentado, pero según principios propios cuyo significado dependa siempre de su vínculo con la experiencia. Tal es lo que considero justo exigir como condición para la posibilidad de una metafísica como ciencia" (*Prolegómenos*, parte final).

v

A pesar de la crítica kantiana, o precisamente por ella, ha tratado de surgir un nuevo tipo de metafísica que se pretende justificar teniendo en cuenta el fondo activo de dicha crítica, y aún admitiendo la invalidez de la conciencia dogmática y la doctrina del pensamiento dialéctico que deriva de la idea trascendental y toma en cuenta la integridad del proceso lógico, y más ampliamente, axiológico, como una relación de términos que no pueden desligarse de la unidad del proceso mismo. Ahora bien, este nuevo tipo de metafísica que se pretende cultivar en las cenizas que han quedado de la metafísica tradicional, consiste, en términos generales, en la atribución de un carácter ontológico al proceso dialéctico que, de acuerdo con el sentido de la tesis kantiana, le corresponde una significación privativamente funcional, esto es, dependiente de la razón humana y atenida al carácter de forma simbólica, y con el límite que le es inevitable.

Lo que en realidad hay en esta "nueva" metafísica, es un cambio de indumentaria lingüística, la substitución de ropas que han salido del almacén del espíritu, por otras que se han adquirido en el expendio del ser. Dicho sea con verdad, en el léxico kantiano se emplean con profusión ciertos términos que denotan racionalidad, espiritualidad, y en cierta forma, también subjetividad, orillando así a la interpretación racionalista y subjetivista de Kant que se deja percibir en determinados ambientes. Pero en Kant mismo hay una honda y definitiva refutación al racionalismo abstracto, que puede comprobarse, no únicamente a lo largo de la *Crítica*, sino en cada una de sus obras representativas; tenemos en particular, como prueba fehaciente del repudio kantiano al racionalismo subjetivo, la elocuente refutación al "idealismo" enderezada en la

Crítica de la Razón Pura, y que suele quedar inexplicablemente desadvertida para todos aquéllos que pretenden colocar la médula del pensamiento kantiano en el terreno de la mera subjetividad racional.

En contraste con ello, el concepto de la razón en Kant tiene un significado netamente funcional; vincula el ser con el pensar, en la manera de su filosofía, en la idea de la síntesis, con los juicios analíticos, por una parte, y los juicios sintéticos, por la otra, *determinando así los llamados juicios sintéticos a priori*, que constituyen el punto de partida de la reflexión trascendental. Quien no haya entendido este aspecto de su obra, no podrá captar lo verdaderamente fecundo y original en Kant; cualquier crítica o interpretación que se quiera intentar de su filosofía sin tener en cuenta la idea original de la funcionalidad, tendrá que ser inevitablemente arbitraria y extraña a ella.

Ahora bien, considerando que el texto de la obra kantiana posee un gran número de afirmaciones que difieren (y aún lo contradicen) del aspecto medular del sistema, hay que admitir que la idea trascendental, como idea de síntesis entre lo *a priori* y lo *a posteriori*, lo analítico y lo sintético, lo real y lo ideal, equivale a unificar la razón con el mundo de los objetos, sólo que éstos no han de ser entendidos como algo dado, sino como objetos que se determinan en el seno de la *espontaneidad racional* y *por virtud* de los conceptos puros del entendimiento. Es por ello que en la filosofía postkantiana se encuentra muy clara la disposición del entendimiento como Yo frente a la consideración de la realidad como no Yo, restituyendo la función determinante del pensar sobre el ser, y renovando asimismo la añeja identificación parmenídica de *ser* y *pensar*, llevada a un cabal desarrollo en el campo de la historia cultural. De ahí que no pueda insistirse en una pretendida subjetividad del kantismo, ni tampoco de la filosofía que en verdad deriva de él, ya que la idea trascendental como funcionalidad equivale a la afirmación del ser por medio del pensar, como de hecho es afirmado no sólo en cada postura que explícitamente reconoce la genealogía idealista, pero incluso en las doctrinas pretendidamente antirracionalistas que, sin embargo, requieren de la razón para llevar a cabo todo su discurso *en contra* de la razón misma; y desde luego, también en un sentido idealista es afirmado el ser en la ciencia. Después de una tal identificación, que se quiera llamar al sistema de las categorías con el nombre de *lógica* u *ontológica*, es una cuestión de nombre, pero no de concepto. Así lo comprendieron los pensa-

dores del neokantismo, por lo cual decidieron sentar la tesis aparentemente paradójica de que *el idealismo es el verdadero realismo*, prolongando así la idea trascendental kantiana, y más remotamente, platónica y parmenídea, de que el objeto se determina en y por la espontaneidad del pensar. Hay exactamente la misma justificación para llamar al sistema categorial y metódico, con el nombre de *lógica*, que con el rubro de *ontología*; y si se quiere también, de *metafísica*, siempre que con ello se entienda una *metafísica del espíritu*, teoría del pensamiento puro, dialéctico y funcional, que desde luego se apartará radicalmente del concepto tradicional de la metafísica.

Lo que importa, en todo momento, no es la *quaestio de nomine*, sino el fondo conceptual del problema, es decir, la aceptación del carácter constructivo o "espontáneo" que tiene el conocimiento con respecto a la *realidad*, de acuerdo con la idea trascendental kantiana, y genéricamente idealista, reconociendo en ella al *origen ideal* de la *realidad*. Ahora bien, la discusión que gira en torno al origen de lo real, ha motivado una confusión radicalista entre el que hemos llamado *origen ideal*, y el que sería *origen real*, correspondiendo este último al problema *genético* del conocimiento, que pretendidamente se plantea en una forma que no tiene solución posible y constituye, por tanto, un falso problema. Desde luego, a la idea kantiana corresponde el *origen ideal*, esto es, el fundamento axiológico del conocimiento. No tiene sentido manejar la cuestión epistemológica y axiológica en términos que desde luego no corresponden al objeto crítico de la filosofía, y ni siquiera al estado presocrático de la *reflexión*; en tales términos se quiere saber si el objeto determina al sujeto, o el sujeto determina al objeto. Lo que en Kant haya de expresión para sugerir la tesis de que el sujeto (representado por la razón) sea determinante del objeto (significado por la "cosa en sí"), en el orden temporal del conocimiento, ha de ser combatido tan enérgicamente como lo ha sido de hecho en el neokantismo. Otro tanto se debe afirmar con respecto de cualquier planteamiento que resucite, en términos epistemológicos, la vieja historia de "el huevo y la gallina"; no se sabe si fué primero la gallina o el huevo, ni tiene sentido preguntarlo con vistas a una solución. El planteamiento es, como hemos dicho, un falso problema. Lo que sí puede afirmarse es que no existe el huevo sin la gallina, ni la gallina sin el huevo; es decir, que entre ambos se establece una relación que los vincula de modo inexorable.

Así queda también vinculada la ontología con la lógica, la metafísica con la epistemología, el sujeto con el objeto, el pensar con el ser, Yo con el no-Yo, el hombre con el mundo exterior. Esos términos deberían tomarse únicamente como elementos de correlación, y por ningún motivo como si fueran entidades independientes; el problema original en Kant, que consiste en una *teoría general de la experiencia*, ha llegado a desembocar en una *teoría de las funciones culturales*, en una *filosofía de las formas simbólicas*, como la llama Cassirer. No tiene sentido hablar de una metafísica ni de una ontología, a espaldas de la lógica; cualquier pensamiento de cualquier objeto involucra la teoría del conocimiento; de manera más amplia, la axiología cultural puede entenderse también como una "ontología" del "ser" cultural, esto es, como una "ontología" del ser del ser, y del ser del pensar, o si se prefiere, del pensar del ser y del pensar del pensar. Pese a la crítica, o precisamente por ella, se ha querido la nominación de *ontología* o *metafísica* para lo que realmente es *axiología funcional trascendental*. Para efectuar tal nominación no habrá ningún obstáculo siempre y cuando se defina la función trascendental que corresponde a cada valor.

Para terminar nuestra reflexión, diremos que la doctrina de Kant tiene en nuestros días una significación profundamente activa y vital, y que por ella se ha mantenido la forma como sus principios fundamentales han sido interpretados y cultivados en la filosofía ulterior. El gran problema kantiano, que tiene los dos aspectos señalados —crítico y trascendental— ha desembocado en las grandes vertientes del filosofar contemporáneo, la crítica e historiográfica, y la axiológica y trascendental. Aquélla se dirige preferentemente a la crítica de la metafísica, mientras que ésta se constituye como *teoría general de la experiencia*, como el fundamento objetivo de la cultura y de los valores; conduce el problema que fué inicialmente planteado por Kant, en torno a la síntesis en el conocimiento, a un territorio mucho más amplio, que abarca por entero la *síntesis de la experiencia cultural*; de tal suerte, el aspecto constructivo que determina en Kant una teoría de la experiencia, ha llegado a regirse como reflexión permanente sobre la cultura. Por ello es que al tiempo de considerar agotado el problema filosófico en el viejo estilo, definimos y reconocemos uno nuevo, mediante la proyección permanente sobre el hecho cultural, con objeto de justificarlo con el fundamento de su valor. Creemos que de tal modo se garantiza la evolución permanente de la filo-

K A N T , E N N U E S T R O S D I A S

sofía, no ya sobre una base dogmática ni polémica, y ni siquiera fincada en la tarea historiográfica, sino partiendo de la investigación metodológica que se proyecta en las formas culturales y se confirma junto con ellas en fecundidad y novedad. Con esto, ciertamente, se le quita a la filosofía el carácter de "invención" que la escuela dogmática le ha otorgado, pero a cambio se le da una tarea de vigilia cultural: ir siempre en guardia paralela con la vida del espíritu y constituir la defensa radical de su autonomía. Por todo ello consideramos que, mientras exista la vida del espíritu, existirá también la filosofía, y mientras aquélla evolucione, la filosofía tendrá que evolucionar también. En la proyección directa sobre el hecho cultural, que garantiza objetivamente su valor, así como la permanencia y fecundidad del filosofar, es donde hemos creído que se justifica la prolongación que, como óptimo fruto, ha tenido la obra de Kant en nuestros días.

MIGUEL BUENO